



La esclusa, cuadro pintado por Turner.

Una máquina tosca que un hombre pone en movimiento con su vigoroso esfuerzo, un paisaje de poca variedad y estension, no son, al parecer, objetos favorables para la poesía. Pero mirando atentamente, tratando de comprender la idea del cuadro, la hermosura del colorido, se halla en esta escena un vigor armonioso que le dá un carácter particular. Las altas espadañas y otras plantas, el agua tranquila y sombría, los árboles apiñados y torcidos, la compuerta de un trabajo grosero, los hombres aplicados á su labor, hasta la nube

que detiene é intercepta los rayos del sol, todo respira fuerza y energía. Se percibe cuasi la frescura de esa sombra estensa y de esa vejetación poderosa, á cuya impresion se une un respeto profundo hacia la laboriosidad del hombre.

Sitios mas vulgares han inspirado sonetos preciosos á muchos poetas; júzguese lo que habrian escrito si hubieran sido inspirados por este paisaje, é insensiblemente se asociará cualquierá imaginación al sentimiento poético de Turner.

10 DE MARZO DE 1850.

Del origen é invencion de los Naipes.

No obstante que los infortunios y reveses de Francia habian sido algo aliviados tanto por el rey Carlos V, llamado el Sabio, como por la valiente espada del condestable Beltran du Guesclin, pronto se perdieron estas ventajas bajo el reinado de Carlos VI, no tanto por su cruel enfermedad, como por las luchas de los Armagnacs y Burguignones: y de estas guerras continuas de la reaccion real y popular contra el antiguo sistema feudal y caballeresco; de esta transición de un poder á otro nacieron la impotencia del gobierno y la extensión de la ocupación inglesa en las mejores provincias del reino; y por último se borró por entero la autoridad de Carlos VI al grito general de: «Roi ne chevauche» (el rey no cabalga ya). Desde entonces se encerró Carlos VI en su alcázar de Paris, en donde quedó confinado por el resto de su vida, pasando su tiempo entre las estravagancias de la locura y las diversiones, que su servidumbre se esforzaba en proporcionarle; pero como la enfermedad duraba ya hacia años, se habian agotado todos los recursos de distracción, y habiendo mandado los físicos divertir al rey como única curación de sus dolencias, cada uno hacia lo posible para crearle nuevo recreo, cuando un día la casualidad hizo que uno de los señores del palacio supo que en el mismo Paris vivia un loco, cuya demencia era: por medio de vidrios, muy bien pintados, dar batallas, combinar alianzas, etc. y esto por la reunion ó separación de los referidos vidrios, según reglas fijas, establecidas por el inventor. Pero antes de conducir dicho loco al aposento del rey vamos á contar su vida y la causa de su locura.

Cerca de la antigua puerta de San Antonio en el arrabal del Santo honrado, hoy barrio de San Honoré, vivia en una de las infinitas callejuelas angostas y sucias, que componian al principio del siglo quince la corte de Francia, un pintor llamado Jacquemin Gringonneur; su arte era pintar sobre vidrio, y pasaba entonces por el mejor en esta clase, lo que á pesar de su talento y mucha laboriosidad no le impedía ser muy pobre: sus padres se habian muerto hacia ya años y desde entonces vivia solo, dedicándose unicamente á la pintura sobre vidrio, que vendia en los conventos é iglesias para adornar los sobre-portales, etc. De este modo pasó varios años, cuando un día un rico manguitero le llamó, mandándole hacer cierta vidriera, ofrecida en voto á la Virgen, Nuestra Señora de Paris: la vidriera tenia que representar una Santísima Virgen de las dimensiones del ojo de la media naranja de su capilla en la iglesia de Santa Genoveva, con la particularidad que en su voto el peletero habia ofrecido, que su hija única, Maria, serviría de modelo. Jacquemin encontró el voto bastante original; pero como Maria era jóven y bonita, no puso dificultad ninguna en admitir la proposición, y enterado de las dimensiones de la vidriera y de acuerdo sobre la retribución por su trabajo, convino con el manguitero, que su hija, acompañada por su dueña la vieja Gertrudis, iría hasta la conclusión de la obra todos los días por la mañana á su casa.

Siendo sumamente elevada la media naranja de la capilla de Santa Genoveva, la Virgen tenia que triplicar el tamaño natural, y Jacquemin no habiendo hecho nunca una pintura tan grande decidió empezar su obra por hacer el retrato de Maria, para traspassarle luego con el aumento requerido á la vidriera. Al principio, todo dedicado á las inspiraciones de su arte, Jacquemin dibujaba sin preocupacion las facciones de Maria; pero al llegar á darles el colorido y con él la expresión, á cada sesion conoció el pintor mas y mas la diferencia entre el arte y la creación de Dios: cada vez le parecia la mirada de Maria mas dulce, los ángulos de su boca mas lindos, la tez de su rostro mas fresca y fina; las sesiones se prolongaban, se reiteraban, y siempre le parecia la copia llena de imperfecciones, mientras que en el modelo encontraba su bello ideal. Bajo tan felices inspiraciones se concluyó por fin el retrato de la hija del peletero y tres meses despues se colocó en el templo divino la vidriera de la Santísima Virgen, una de las mejores producciones de la edad media, y que llama todavia en el día la atención de los artistas por lo correcto de su dibujo y la fuerza de su colorido.

Como es natural, semejante regalo, ejecutado sobre todo con tanta maestría, llamó sobre el peletero las bendiciones del clero, y diversas consideraciones por parte de sus parroquianos, que se componian casi unicamente de las primeras casas de la corte: así sucedió tambien que su vanidad proyectaba ya el enlace de su hija con un Consejero del parlamento, ó al menos con uno de los alcaldes de Paris, olvidando en medio de sus vapores orgullosos, que no obstante su riqueza, el regalo de la vidriera, y la hermosura de su hija, no dejaba de pertenecer él á la clase de los villanos. Mientras que así la ambición carcomia el corazón del peletero, Jacquemin habia colocado a lado de su lecho el retrato de Maria, trasformada en Virgen con una corona entrelazada en sus cabellos, y allí, arrodillado delante de esta

imagen, que era al mismo tiempo la patrona de su alma y el ángel de su corazón, rezaba fervorosamente á cada instante que la campana del convento inmediato tocaba la oración. Cuatro meses se pasaron de este modo: el peletero, con sus deseos de engrandecimiento en categoría: Maria, con su inocencia é ilusiones de los 17 años, y el pintor con su pasión, cada día mas fuerte: Jacquemin visitaba cada dos días la casa del peletero, que le dispensaba la mayor franqueza, y la hija estaba cada vez mas amable, mas complacida, hacia las atenciones del artista; cuando por fin, la víspera de San German, declaró el pintor al peletero la intención de casarse con su hija, rogándole admitiese favorablemente su petición. Al oír semejante proposición, el padre, que veía en ella desechos todos sus sueños de ambición, hizo salir de su casa al infeliz Jacquemin, colmándole de injurias; y llamando en seguida á Maria, la prohibió rigorosamente volver á hablar ni á recibir al pintor: escuchó Maria á su padre sin articular palabra, y se retiró en seguida á su cuarto: echó el cerrojo por primera vez y prorumpió en llanto: Jacquemin al contrario, arrebatado de cólera y herido en sus mas tiernas afecciones, apenas llegó á su casa, cuando apoderándose de su daga, juró entre dientes al peletero una venganza sangrienta y cruel; pero levantando la cabeza se encontró con la candida mirada de su ángel y virgen: ya no pensó sino en amar á su Maria; y entonces, arrodillado ante su Santa Patrona rezó con mas fervor que nunca sus oraciones de consuelo; luego ya mas tranquilo, recorriendo en su imaginación lo pasado, fijó su atención con particularidad en las últimas palabras del peletero: «No daré mi hija sino á un hombre rico.» Pues me falta oro; oro!—esclamó Jacquemin, y cayó sobre un banco de madera, único mueble de su cuarto.—Largo rato pasó así el pintor sumergido en sus tristes ideas, cuando de repente, este mismo estado de abatimiento le inspiró el proyecto de formar una vidriera de las mayores dimensiones que se hubiese visto hasta entonces, y en este gran cuadro pintar á Carlos VI, su familia real y su corte; y concluida, obsequiar con ella al rey, que al recibir tan grandiosa obra, no dejaría de recompensarle generosamente. Algo tranquilizado con tan lisonjero proyecto, empezó á ordenar su composición y á bosquejar su obra acto continuo de haberlo concebido.

Dedicado con afán á la pronta realización de su cálculo, Jacquemin no salía de su casa, mientras que la pobre Maria pasaba sola con Gertrudis meses y meses, relegada en un cuarto interior, pensando siempre en su querido amigo; pero sin atreverse á hacer ni la mas leve pregunta sobre su paradero: en el transcurso de este tiempo la gran vidriera fué cubierta con los retratos del rey, su familia real, servidumbre y varios Señores de la corte; y solo faltaba para la conclusión del cuadro algunos accesorios indiferentes, cuando en la tarde del día de San Carlos del año de 1418, sea por casualidad ó hecho á propósito, el peletero contó á su hija que el pintor maestro Jacquemin Gringonneur se hallaba muy malo, y que regularmente á aquella hora Dios habria ya dispuesto de su alma. Como cierto presentimiento interior, ó quizá este espíritu de penetración, tan desarrollado generalmente en las mugeres, aseguraba á Maria no ser cierto el dicho de su padre; pero si un lazo para hacerla olvidar mas facilmente su primera pasión, se conformó en apariencia con resignación á la voluntad de Dios; y sin mas preguntas le recomendó en el momento su alma; pero en su interior se decidió repentinamente á ir aquella misma noche á la casa de su amado para averiguar el hecho y asegurarse por sí misma del estado en que se encontraba.

Hacia mas de dos horas que habia resonado la última campanada de silencio; las cadenas estaban ya puestas en las calles, cuando mientras que el padre descansaba sosegadamente en los brazos de Morfeo, Maria y la vieja Gertrudis huyeron silenciosas como una sombra por las desiertas encrucijadas de Paris. El camino era bastante largo, y mas temible sobre todo para dos mugeres, tanto por que en aquel tiempo el alumbrado de la corte consistia en algunos candiles, guarnecidos de resina, y colgados de trecho en trecho, cuanto porque á aquellas horas no bastaba la vigilancia de los arqueros del Gran Preboste para impedir que los transeúntes fuesen con frecuencia inquietados por los muchos ladrones que se ocultaban en los infinitos huecos que les ofrecia la irregularidad de las callejuelas. A esta misma hora, y sin embargo de la prohibición rigurosa, de que despues del toque de silencio ningun villano pudiese tener luz ni fuego, Jacquemin, entusiasmado con su trabajo, estaba pintando todavia, concluyendo un escudo de armas, última pieza de su cuadro; cuando oyó pedir socorro, la voz le pareció la de Maria, y así apoderándose de su daga, abrió la puerta y arrojóse sobre dos hombres, que maltrataban á una muger.

La aparición súbita é imprevista del pintor; la fuga de los ladrones, y el recoger pálida y demayada á la desgraciada Maria, caída en tierra, todo fué obra de un instante; Jacquemin la llevo en sus brazos á su casa, que era enfrente de lo ocurrido, y tanto por la

asistencia de Gertrudis como sobre todo por la voz y mirada cariñosa de su querido, pronto volvió en sí María. Ya no era alegría, sino una eulencia de delicias voluptuosas que oprimía al pintor, su casa era toda una eternidad, un eliseo completo: María sentada delante del enorme caballete de la vidriera en el banco de Jacquemin, se apoyaba ligeramente sobre él, que de pie, enseñándole su obra, desarrollaba con complacencia y con santo entusiasmo todo su proyecto de felicidad próxima. Con un día más de trabajo la pintura se concluiría, y con ella se adquiriría la categoría y el oro que pedía el peletero; pues en medio de su cruel enfermedad Carlos VI era grande y generoso, porque era por voluntad de Dios rey de Francia; también María confiaba en estas ilusiones, ya no había ningún obstáculo á su enlace, y así los dos se consagraron únicamente á estas lisongeras ideas, cuando una voz demasiado conocida por ambos, llamó con imperio á la puerta. Era el peletero: Despertándose al cerrar la puerta de la calle, se había levantado para averiguar el motivo de tan estrañada salida, y no encontrando ni á su hija ni á Gertrudis, le ocurrió la idea de que solo el maestro Gringonneur había podido robarla, y se fué al momento derecho á su casa. Al llamar á la puerta, María y Gertrudis conociendo al instante la voz de su padre y amo, se ocultaron detras de la vidriera: Jacquemin al contrario, fuerte en su conciencia, bajó á abrirle la puerta sin la menor turbación; mientras que el peletero, animado por sentimientos de muy distinta naturaleza, no hizo más que precipitarse dentro del cuarto, ver en seguida por la transparencia de la vidriera á su hija y asirla del brazo; pero en este momento, la velocidad de sus movimientos derribó el caballete y con él la vidriera, que se rompió en mil pedazos: á la vista de esta desgracia Jacquemin titubea y cae en medio de los vidrios rotos. Este inesperado suceso y el rostro pálido del pintor, produjeron en el corazón del peletero tanto más efecto, cuanto que en realidad era hombre de bien, y así él, lleno de cólera y venganza contra Jacquemin hacia un momento, no se ocupaba ya sino de socorrerle; pero el infeliz artista seguía en el suelo sin conocimiento; el golpe moral había sido demasiado fuerte, y era ya de día cuando volvió algo en sí, pero sin conocer á nadie, ni á su misma María; una sola idea tenía fija, la vidriera, que absorbía toda su inteligencia: Jacquemin estaba loco.

Desde entonces, sobre todo el peletero, informándose de lo ocurrido, cuando supo que había sido la causa y el autor de esta desgracia, no pudo menos de compadecerse el lastimoso estado del infeliz pintor, y para reparar al menos lo que estaba á su alcance, se decidió recogerle en su misma casa y sacrificar todo cuanto podía para curarle, ó al menos aliviar un tanto su triste posición. Pero desgraciadamente ya no era tiempo, sea que los hijos de Esculapio poseían entonces menos ciencia que en nuestros días, ó que el mal era demasiado grave, lo cierto es que la locura del maestro Jacquemin Gringonneur seguía su curso: solo la imaginación ingeniosa de la afección de María lograba algunas veces aliviar algo á su querido, cuando se asociaba á los caprichos de su demencia; no obstante que nunca volviese enteramente á la razón, ni jamás llegó á demostrar que conocía á María. Y si varios años después manejó de nuevo sus pinceles, era solo para seguir trazando sobre otros vidrios ó sobre pedazos de fuertes pergaminos el objeto de su locura, que al principio de su enfermedad consistía en juntar todos los vidrios rotos de su grande vidriera, luego dividirlos en grupos aislados y hacer con ellos otros tantos retratos ó cuadros; y últimamente dar á cada pedazo una significación y por la combinación de sus grupos un valor, de modo que pudiesen formar entre sí alianzas, dar batallas, etc., y el todo según reglas fijas.

Naturalmente, y sobre todo en aquel tiempo, que había menos objetos de conversacion que ahora, poco á poco todo París se ocupaba de la locura del gran pintor, llegando á noticia, como hemos dicho, de uno de los señores del palacio, el maestro Gringonneur fué presentado al rey; y desde la primera noche este nuevo juego distrajo tanto á S. M., que siguió hasta su muerte jugando todas las noches con el pintor: y si damos fé á la crónica de aquella época, Carlos VI se encontraba con este recreo *moult divertí* (muy divertido).

Reinando entonces como ahora, y como regularmente siempre reinará el espíritu de imitación, muy pronto se puso en moda el juego del rey; todos los señores de la corte mandaban al maestro Gringonneur hacerles otros juegos, y así tomaron origen los naipes, que ya en el reinado de Carlos VII se perfeccionaron mucho.

Ahora si consideramos filosóficamente la invención de los naipes, naturalmente preguntaremos ¿ha sido ventajosa ó desgraciada para la sociedad?—En cuanto á nosotros nos contentaremos con observar: que los naipes han sido producto de la locura, y que fueron adoptados y propagados por dos locos ó hicieron olvidar á uno su querida y al otro su reino y su pueblo.

EL CONDE CARLOS DE RAMSAULT.

BILBAO.

La vista de la iglesia de San Antonio Abad y del puente Viejo de Bilbao, merece ciertamente ocupar las páginas del SEMANARIO, tanto por el agradable aspecto que presenta, como por su interesante historia: fieles nosotros en transcribir á nuestros constantes suscritores todo cuanto tienda á merecer su aprobación, vamos á bosquejar estos monumentos de una de las villas mercantiles más importantes de España.

El puente Viejo de San Antonio es sin disputa alguna, aunque ha variado completamente de forma, el más antiguo monumento de Bilbao; existía antes de la fundación de la villa, y servía en lo antiguo, como hoy, de comunicación entre las dos opuestas orillas del río: mas por mucho que hemos inquirido la averiguación de la época en que se echaron sus cimientos, han sido vanas nuestras diligencias y no hemos sido más felices que los que nos han precedido en este curioso trabajo. Entonces estaba Bilbao asentada en la villa izquierda, y sobre la derecha, elevábanse algunas torres y casas y la gótica iglesia de Santiago. Ya en 1335, D. Juan de Lara concedió á la villa la facultad de exigir pontazgos para conservar y separar el puente, y desde los primitivos tiempos de la villa, hubo de tomarse por distintivo de sus armas, pues «que estaba» sellada con el sello de dicho concejo de Bilbao, en el cual sello había figura de puente de un castillo é un lobo,» la escritura de convenio que con el rey D. Pedro el Cruel celebraron los vizcainos en 1336, por la que se comprometían á elegirle por señor, en lugar de D. Tello.

Todas las noticias que del puente tenemos, convienen en que á la cabeza de él estaba el alcázar, comenzado á construir por el rey D. Alonso XI durante su corta permanencia en esta villa en 1332, y asimismo lo sienta Juan Muñoz de Villasan, en la crónica que del mismo rey escribió. Sabemos también que el concejo de Bilbao, le demolió en 1366, y que sobre sus cimientos levantó la iglesia de S. Antonio Abad, en la que se celebró la primera misa el día 3 de agosto de 1435. A esta iglesia, pues, está ligado por uno de sus extremos el puente, que consta de tres arcos de medio punto, muy desiguales, con dos cepas, cimentada la una de ellas sobre firmes peñascos en la ria. Tiene el primero de estos arcos un claro de 110 pies y su altura no baja de cincuenta: es poco cómodo para el tránsito á causa de su gran montea, pero su robusta construcción y su singular forma, no dejan de presentar un aspecto, al par que de estudio para el arte, agradable á los ojos del espectador.

Las continuas avenidas, verdadero azote de la población bilbaína, del río Nervion ó Haizabal, que de ambos modos se le designa, han desmoronado con sus violentos embates, en diferentes épocas, la sólida fabrica del puente. El 15 de abril de 1580 quedó arruinado del todo: el 29 de abril de 1408 se llevó una riada la mitad de él: el 27 de junio de 1450 desapareció completamente, y diez años más tarde en el mismo día y hora se presentó semejante catástrofe á los consternados ojos de los bilbaínos, sufriendo también perjuicios considerables en cada uno de los años de 1515, 1550, 1553 y en particular el 22 de setiembre de 1595. Pero por una de esas circunstancias que solo hallan explicación en la constancia del hombre, el mismo puente que en el transcurso de dos siglos, desapareció siete veces, reconstruyóse sin descanso, hasta afianzarle una vez de modo que desafiara el ímpetu de las aguas, sin temor de que conmoviera sus apretados cimientos. Bien es cierto que este empeño de sostenerle á todo trance dependía de la necesidad, porque sin el puente no había comunicación entre la parte antigua y nueva de la villa, y causaba esta falta, no pocas incomodidades á sus habitantes.

Campea gallarda ostentando su esbeltez en el claro azul del firmamento la torre de la iglesia de S. Antonio, que como hemos dicho, se construyó sobre los cimientos del alcázar de Bilbao. Es toda de piedra, con una giralda por remate, y se reedificó en 1775, arreglada al diseño del maestro Gabriel de Capelástegui. Aunque los adornos que la decoran son de mal gusto, y pesados y están profusamente distribuidos, su situación es tan favorable, que como puede ver el lector por la lámina que acompaña á este artículo, presenta el conjunto una vista en extremo pintoresca. Y subiría de punto su admiración, si la contemplara al declinar su carrera el sol del mes de agosto, en el momento de la pleamar del Haizabal: ¡qué hermoso panorama se despliega y cuán bien combinados están sus colores! La pluma mejor cortada, no podría describirlos con perfección: esta clase de paisajes no se pintan: es necesario verlos del natural para comprenderlos. Y á pesar de su bellísimo aspecto, considerados artísticamente los edificios que le dan vida, son de valor tan escaso, que ni merecen la pena de ocuparnos detenidamente de ellos. El alzado de la iglesia, cuya es la torre, pertenece á la escuela malamente llamada gótica: tiene tres naves, 98 pies de largo y los mismos de



Bilbao.—Vista de la iglesia de San Antonio Abad y del puente Viejo.

ancho; pero no vaya el curioso á investigar en su interior algo que conserve el carácter de la arquitectura del siglo XV, los complicados contornos de las ventanas ojivales, el gusto por los bordados y encajes de Opicora, tan comunes como admirablemente esculpidos, aquel sistema vertical seguido con exageración por los mas afamados maestros, sistema que valió al arte, en el sentir de algunos, el Justo epíteto de *decadencia*; nada de esto: la iglesia de S. Antonio no pertenece á ningún género de arquitectura: ni aun en la fachada de su única puerta, ni en las grandes y espaciosas capillas, ni en los lienzos y retablos del altar mayor y de los laterales, pudo su autor legarnos algunos buenos destellos de su ingenio. Muchas veces hemos oído asegurar que el San Antonio Abad de madera que se había colocado en el altar mayor, es de una talla esquisita: nosotros nos atreveremos á decir, no solamente que no le reconocemos el subido mérito que algunos le dan, sino que nos parece una escultura de inferior dibujo.

Por el claro del primer arco del puente, y en segundo término, se vé el puente colgante, levantado el año de 1829 por el arquitecto don Antonio de Goicoechea. Esta obra ofrece la singular circunstancia de ser la segunda de su clase construida en España, porque la primera, el puente de Burceña sobre el Cadagua, fué erigida tambien por el referido arquitecto en 1825: de manera, que Vizcaya poseyó antes que ninguna provincia de la península, dos puentes colgantes, que para aquel tiempo, no dejaban de ser una novedad harto curiosa.

El edificio que descuella en el fondo sobre el puente, y un poco mas en lontananza, es el convento de religiosos de S. Francisco. Comenzó á labrar en 1501, y el emperador Carlos V concedióle en 1559 la facultad de usar de sus armas imperiales y reales: en 1808 fué incendiado por los franceses, y apenas se concluía en 1835 su reedificación, empezada á luego de la guerra de la Independencia, cuando se transformó en cuartel amurallado y artillado, y sufrió todos los desastres consiguientes á un cambio tan violento. Tenía una cómoda iglesia de 200 pies de longitud, hermosa sacristía, en la que se conservaba una magnífica copia de la Sacra Familia de Rafael, que existe en el museo de París, cuya copia forma hoy una de las prendas mas estimadas del museo de Bilbao, y algunas capillas que encerraban buenos sepulcros de piedra labrada, que aunque no han desaparecido del todo, hanse mutilado atrocemente. Reunía ademas este convento un estenso claustro y un espléndido campo-santo, que fué destruido y profanado sacrilegamente, merced á la licencia que crearon nuestras

civiles discordias. Desde la torre del convento, que se conserva en pie, aunque sin la cruz y la flecha de su remate, se enseña la vista en un dilatado paisaje de sorprendente efecto. Es la mas elevada de la villa.

El fondo de la vista, somero al puente, le forman multitud de casas del barrio de la Naja, del que está una buena parte cubierta por el puente y la iglesia. Este barrio, que se estiende sobre la misma margen izquierda del Nervion, posee un edificio, que aunque nada de singular representa su forma, es sin embargo, de muy elevado precio para los apegados á los recuerdos históricos. Hablamos de la casa conocida con el nombre de la Naja, en la que se reformó el Fuero de Vizcaya en agosto de 1526, por el Bachiller Martín Perez de Burgoa, Letrado del señorío de Vizcaya, y por Inigo Urtiz de Ibarguen, síndico del mismo, siendo su corregidor el Licenciado Pedro Giron de Loaysa. Este es el famoso código de Vizcaya mandado imprimir de orden del rey D. Felipe IV, después de haber confirmado sus privilegios, franquezas y libertades, así como lo hicieron de los antiguos, los reyes sus predecesores.

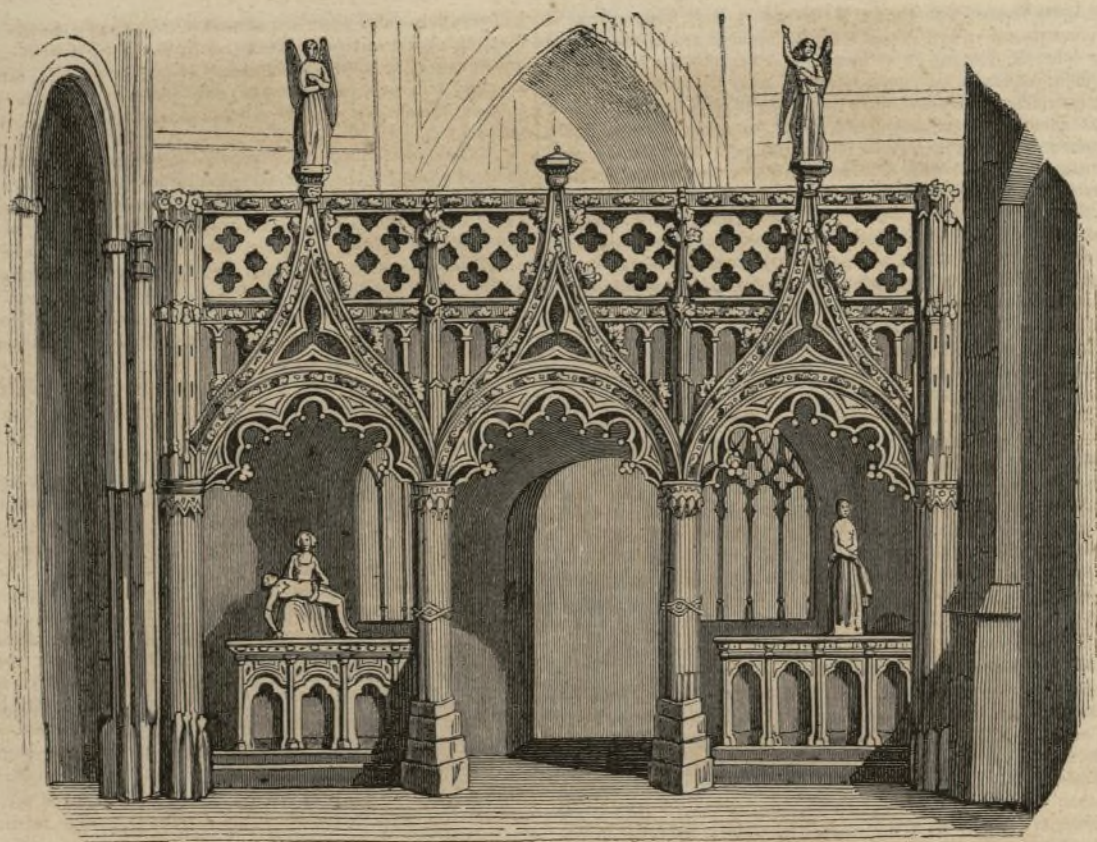
J. E. DELMAS.

Iglesia de Nuestra Señora del Falgoat.

Esta iglesia fué fundada en 1425 por Juan V, duque de Bretaña, como lo prueba la siguiente inscripción esculpida en letras góticas angulares á la izquierda de la puerta grande: *Joanes V illustrissimus dux Britonum fundavit hanc.... (ecclesiam) anno MCCCCXXIII*. El nombre que lleva de Nuestra Señora de Falgoat ó Foll-Coat, significa en lengua bretona *Nuestra Señora del Loco del Bosque*, y tiene su origen en la siguiente leyenda.

Un pobre loco llamado Salaün, vivia entre Guic-Ellean y Lesneven, hácia el año de 1530. De todo lo que estudiara en otro tiempo solo recordaba estas palabras: *Ave-Maria*, y esta invocación: *¡O ibro-un guerc' hes mari!* (en breton: *¡O Señora Virgen Maria!*) Consagró su débil existencia al culto exclusivo de la Virgen. Después de su muerte se vió crecer un hermoso lirio blanco sobre su tumba. El pueblo lo acogió como un milagro; se abrió el sepulcro y vieron que el lirio salía de la boca de Salaün.

Dicen los cronistas de aquel tiempo, que el duque de Bretaña,



Interior de la iglesia de Ntra. Sra. del Folgoat.

para merecer la intercesión de la Virgen que habia manifestado de una manera tan explicita lo grato que le habia sido el culto de Salauin, hizo voto de erigir una capilla á la divina protectora, y puso él mismo la primera piedra en 1564. Los trabajos fueron interrumpidos innumerables veces por las guerras continuas que asolaban el pais. Este edificio precioso, á cuya construcción contribuyeron señores, príncipes y aun reyes, no ha sido nunca completamente concluido.

A la derecha de la iglesia se vé el priorato, compuesto de varios edificios ruinosos. Allí habitaban el Dean y los Canónigos de Folgoat; allí fué donde Ana de Bretaña, Francisco I, y otros muchos personajes célebres é ilustres, hallaron hospitalidad cuando fueron en peregrinación á hacer sus devociones. Aun existe el sillón de roble que se supone haber pertenecido á la reina Ana; está en la hospedería de los peregrinos.

El pórtico lateral, en el que se hallan las estatuas de los doce apóstoles, fué construido por orden de Ana de Bretaña y á su costa. Las esculturas, hechas en piedra de *Kersanton*, son de mucho mérito y producen un efecto singular.

En una capilla lateral hay unas pinturas de muy mal gusto, pero muy ingeniosas, que representan las principales escenas de la vida de *Salauin ar foll* (Salauin el loco).

El pórtico principal, donde se veia antes la estatua pedestre y en traje de ceremonia del duque Juan V, está en un estado lamentable de degradación. Los ornamentos interiores de la iglesia, sus balaustradas caladas, y sobre todo su altar mayor, son dignos de llamar la atención de los artistas y de los anticuarios. Sin embargo, el altar mayor que era de un solo trozo de piedra de *Kersanton*, de trece pies y cuatro pulgadas de longitud, tres pies y medio de anchura, y nueve pulgadas de espesura, se halla hoy en un estado deplorable, gracias al vandalismo de los habitantes de Falgoat que le han hecho embadurnar al óleo.

El coro es admirable, é iguala á lo mas bello que hemos visto de este género en otras iglesias de nombradía. Está profusamente adornado de arabescos elegantes, de pilares esbeltos, y de follage, y lleno de calados de una pureza increíble. Su altura es de quince pies y tres pulgadas; su longitud, de diez y nueve pies, diez pulgadas y nueve líneas, y su latitud de nueve pies, diez pulgadas y diez líneas.

Un escultor breton ha ofrecido desmontar este coro que vacila sobre su base y volverle á colocar en su estado primitivo. Este trabajo

que se ha sometido al exámen de una comision compuesta de cinco individuos, está presupuestada en 5500 francos.

Un erudito arqueólogo y bibliógrafo breton, Mr. Miorere de Kerdanet, afirma que este trabajo, lejos de lograr la restauración del coro, ocasionará su completa destrucción, porque las piedras que le forman están enlazadas con garfios de hierro y se romperán infaliblemente á los primeros martillazos.

Bajos Pirineos.

Aguas buenas y Aguas calientes.

ARTÍCULO 2.º Y ÚLTIMO.

Un solteron arrepentido.—Paseos.—El Kiosko.—Abundancia de tisicos.—Los bailes y los conciertos.—Grutas y cascadas.—La fiesta de Laruns.—Conocidos y desconocidos.—Aguas calientes.

Figúrense mis lectores un hombre pequeño, rechoncho y colorado, con ojillos vivos y pequeños tambien, ocultos entre unas mejillas abultadas y una frente prominente, resguardados además por gafas de vidrios azules; con un vientre que fuera sospechoso á ser otro su sexo; con una pierna tiesa y derecha como un huso, que para moverse necesita el apoyo de un grueso baston de roble;—figúrense mis lectores, repito, todo eso, y tendrán la *vera* efigies de M. Taverne el mayor, uno de los personajes mas importantes y considerados del pueblo de Aguas buenas. El fué quien en el año de 1828 construyó el *Hotel de Francia*, que si no es una obra maestra de arquitectura, es al menos un edificio notable por su estension y comodidad; él fué quien estableció la primera mesa redonda; él quien atrajo otros especuladores, los cuales animados con su ejemplo vinieron despues á fundar diversas casas de hospedage: él, en fin, el que introdujo cierto lujo en las habitaciones, y el que abrió el primero el gran salon de reuniones en su Hotel mismo, mejora que los restantes han imitado, aunque sin privar á aquel de su superioridad, ni del favor que siempre disfruta. M. Taverne habla de estas cosas con un orgullo que podemos llamar legitimo, porque realmente ha sido el gran reformador

de Aguas buenas; y porque con M. Darralde y Mma. Cazeres forma el triunvirato que rige y gobierna á aquella pequeña república.—Aparte de esto, M. Taverne es el hombre mas recto y mas honrado del mundo; cualidades que van siendo raras en el siglo actual, que son ya rarísimas en un posadero, y sobre todo en un posadero francés. Sus cuentas tan módicas como claras, su buena voluntad nunca desmentida, su afable carácter; que jamás sufre alteracion, le conquistan el afecto de cuantos le conocen, y le han grangeado una fama envidiable de bondadoso y desinteresado; lo cual no impide que M. Taverne haya reunido á estas horas una fortuna crecida, que heredará á su muerte dos jóvenes sobrinos que tiene en su casa, y que le ayudan un poco á dirigirla: un poco digo, pues á pesar de su cojera, tiene M. Taverne una actividad y una inteligencia prodigiosas.

Cierto día preguntábale yo por qué no se ha casado, él á quien tan útil habria sido el apoyo de una compañera, de una amiga, de una esposa, que le ayudase en sus fatigas y en sus penalidades.

—¡Ah! me contestó exhalando un profundo suspiro: ahora conozco que fui un gran animal en no hacerlo!

M. Taverne es el primer solteron arrepentido de que tengo noticia.

—¿Y por qué no se casa V. todavía? añadió yo.

—¡A los sesenta años? repuso.—Peor seria entonces el remedio que la enfermedad.

Este rasgo prueba que el dueño del *Hotel de Francia* no carece de juicio ni de talento.

—Al menos, dije continuando la misma conversacion, tiene V. á su lado dos jóvenes que le aman como á un padre.

—¿Como á un padre? me interrumpió melancólicamente el pobre anciano. ¡Ay! yo no tengo otro hijo que mi Hotel!

Y hablando así dirigió una mirada cariñosa al inmenso edificio, mientras rodaba una lágrima por sus rubicundas mejillas.

Cito el ejemplo y las palabras de M. Taverne, porque pueden ser un saludable aviso, una leccion elocuente á los empedernidos solteros.

—Con efecto, ¿de qué le sirven á aquel las riquezas que ha acumulado, las comodidades de que disfruta, si vive solo y triste, si en los dos niños que tiene junto á sí solo vé dos herederos ambiciosos, que acechan sus enfermedades, que desean acaso su muerte para llegar á poseer lo que á su tío le ha costado tanto trabajo ganar?—¡Semejante idea es ciertamente desconsoladora!

M. Taverne es tambien un benévolo *Cicerone*, que desde la puerta de su gabinete de lectura, situado en el piso bajo del *Hotel*, indica á todos y á cada uno de sus huéspedes las curiosidades del pais, las expediciones que han de hacer tal y tal dia, las visitas que deben verificar á las cascadas de Valentin, del Gros-Hetre, y de Iskoo, á las grutas de Sarrans y de Louviers.

—¿Y á dónde iremos esta tarde?—le preguntamos la primera de nuestra estancia en Aguas buenas.

—¡Oh! por las tardes, nos contestó, es menester ir al paseo horizontal.

Hablando así, señaló con su áspera y callosa mano hácia un extremo del jardín inglés, á donde se encaminaba en confuso tropel casi toda la gente que á la sazón habia en el pueblo.—Hicimos, pues, como los demás, y nos dirigimos á aquel punto de reunion, que ofrece realmente una perspectiva muy agradable y pintoresca.

La construccion del paseo horizontal es de fecha muy moderna; data del año de 1841.—Hasta entonces solo se conocian los de Grammont y de Jacqueminot; mas como ambos están muy elevados, como ambos presentan una subida rápida y penosa, sucedia que siendo enfermos del pecho la mayor parte de los concurrentes á Aguas buenas, no tenían absolutamente donde pasear en llano, siendo el terreno por do quiera quebrado y montuoso. En el referido año de 1841, tres parisenses ilustres, agradecidos al efecto que las aguas minerales habian obrado en sus dolencias, quisieron dejar allí una memoria que atestiguará su gratitud. A este fin, y con sus propios recursos solamente, hicieron socavar la montaña, y abrir á su lado un camino ancho, cómodo, espacioso; al principio solo tenia un kilómetro de estension; pero luego ha llegado hasta tres, gracias á los generosos donativos de muchas personas que comprendian la utilidad y las ventajas de semejante pensamiento, y además su imponderable belleza.—A ninguno de cuantos paseos he visto se parece el horizontal; por la izquierda resguárdale el espeso monte en que se hallan los de Grammont y de Jacqueminot; y por la derecha se vé desde considerable altura el risueño valle donde está el pueblecito de Laruns, y el camino tortuoso que conduce á Aguas buenas. En frente se distingue la inmensa *montaña verde*, á cuyo pié aparece la aldea de Aas, triste, sombría, silenciosa cual un cementerio; á lo lejos se escucha el sordo rumor de las cascadas, ó el débil murmullo de los arroyos; y en fin, dominándolo todo se divisa el pico del mediodia, formidable, terrible y amenazador.

Bancos rústicos, miradores y kioscos edificadas en los mejores puntos del paseo horizontal contribuyen á embellecerle y

á ofrecer comodidad y recreo á cuantos lo frecuentan: una quesera construida hácia su término brinda con un benéfico y oportuno abrigo en caso de tempestad ó de lluvia; y en fin, un magnifico campo, alfombrado de fresca y perfumada yerba permite estender la vista en busca de nuevos horizontes, ó prolongar algo mas tan agradables escursiones.

Muchas veces, al regresar de ellas por la noche, se ofrecia á nuestros ojos un cuadro tan grandioso como poético: la luna en mitad del cenit destellaba sus rayos sobre el mundo tranquilo, mientras á nuestras plantas densas nieblas cubrian el valle de Laruns como un inmenso sudario, á través del cual se transparentaban las luces de la humilde aldehuela. Al mismo tiempo la campana de la parroquia, tocando las oraciones, llegaba á nuestro oido cual un levisimo eco, que se confundia con el cántico triste del pastor ó del vaquero al volver los rebaños á sus desnudas cabañas, ó con el monótono son del caramillo y de la flauta tocados desde alguna roca vecina.

Los paseos de Grammont y de Jacqueminot derivan sus nombres del duque de aquel título y del general de aquel apellido, á quienes se deben en parte. El primero comienza en el horizontal, y rodea la montaña formando caprichosas vueltas hasta unirse con el segundo, que despues de llegar á una grande elevacion tiene una rápida bajada y termina junto á la capilla del pueblo.—Aqui debo hacer mencion del lindo kiosco construido en la cumbre de un montículo que domina á aquella, y desde donde se admira el vasto panorama que ofrecen Aguas buenas y Aas, Laruns y sus pintorescas cercanías.

Dícese que antes eran muy frecuentados esos diversos sitios; actualmente solo los recorren los artistas y los que gozan de buena salud.—Desde la apertura del paseo horizontal, á él van los valetudinarios generalmente tres veces al dia; por la mañana temprano, por la tarde despues de beber, y en fin, despues de la comida.—Muy á menudo el espíritu y el corazon se contristan al ver infinitos jóvenes, que llevan en su semblante señales infalibles de un fin próximo, dar algunos lentos y fatigosos pasos con el auxilio de un grueso baston; al mirar señoras bellas y elegantes arrastrarse trabajosamente apoyadas en el brazo de su marido ó de su padre; y por último al oír las toses hondas, secas, desgarradoras que revelan la horrible enfermedad de la mayoría de los forasteros.—En el establecimiento, y junto á la fuente, es aun mas espantosa y desconsoladora esta perspectiva: rostros amarillos, cuerpos encorvados, ojos ardientes, voces roncas y apagadas, son los crueles síntomas que á cada paso descubren un número inmenso de tísicos entre la totalidad de los pacientes.—Por cálculo aproximado se sabe que de aquellos infelices una tercera parte lo menos, en vez de mejorarse, aceleran su muerte con el uso tardío de las benéficas aguas.—En cambio, cuántas curaciones rápidas y prodigiosas, cuántos resultados sorprendentes se obtienen todos los años, gracias á las virtudes imponderables del manantial, al celo inteligente, á la ciencia profunda de M. Darralde!

Por la noche todo muda de aspecto en Aguas buenas; los hombres que durante el dia van en traje desaliñado de campo, se visten, se acicalan y se perfuman; las señoras hacen lo que las francesas llaman un *petit bout de toilette*; los salones de los hoteles se abren é iluminan, y en todos ellos se baila.—los jueves y domingos especialmente—desde las ocho hasta las once. Cuatro ó cinco veces cada temporada se verifican tambien magníficos saraos por suscripcion, en los que nada falta; ni brillante orquesta, ni esquisitos helados, ni espléndido *buffet*.—En tales reuniones los enfermos y los que no lo son bailan hasta rendirse, y no es raro que á la mañana siguiente muchos de los bailarines tengan que sufrir una aplicacion de sanguijuelas ó de cantáridas, con lo cual sin embargo no escarmentan.

En el *hotel de Francia* es donde regularmente se verifican estas fiestas extraordinarias, y donde en otras ocasiones hay tambien *soirées* de prestidigitacion, de magnetismo, y de alguna cosa mas; luego, cuando las señoras se retiran á sus habitaciones, suele reemplazar el juego—el *lansquenot* ó sacanete—á las emociones menos vivas de la polka y del wals. El *boston*, el *ecarté* ó el *whist*, se juegan allí tambien á todas horas, é indistintamente por damas y caballeros.

La sociedad que se reunia en el salon de M. Taverne á nuestra llegada á Aguas buenas, era tan numerosa como brillante.—La marquesa de Roquemarél, parisiense linda y graciosa, parecia la reina de ella; madama de Long, su madre, lo habria sido con mayor motivo veinte años antes, porque es imposible imaginar maneras mas distinguidas, rostro mas noble y expresivo, ni talle mas suelto y elegante que los suyos.—Las señoritas de Maudre, hijas de un opulento banquero de Lyon, cautivaban por su candor casi infantil, por sus puras y dulces fisonomías, y por su afabilidad y buen tono.—Otras dos señoras figuraban tambien en primer término; madama Lasalle, á quien la palidez propia de su horrible enfermedad hacia mas interesante; y madama Jourdan, esposa de un fabricante de paños de Louviers, á la que cualquiera hubiera creído una lady inglesa, por

sus cabellos de un rubio plateado, por su tez nacarada, y en fin, por sus aristocráticos modales.

Como contraste—como antítesis, según se dice ahora—podría bosquejar una serie de caricaturas, que no sería sino una colección de retratos de tantos originales como albergaba el hotel de Francia. Entonces de justicia asignaría el primer lugar á cierta señora que había adoptado para sus trajes todos los colores del arco iris; para su adorno todas las piedras conocidas, desde el diamante hasta el ópalo; todos los encajes y todas las telas del universo, desde la aplicación de Bruselas hasta la cachemira de Persia;—sobre su cuerpo se admiraba á un tiempo el raso rosa, el terciopelo verde y las blondas blancas; y sus manos cargadas de brillantes relaban como fúlgidas estrellas. Aunque supiera su nombre, no cometería la indiscreción de estamparlo aquí; allí todo el mundo la llamaba únicamente la *Reina de ópera cómica*.—El epígrama era sangriento, pero exacto.

El número de *liones* parisienses que se agitaban y movían en aquel pequeño círculo, era también considerable; merecen especial mención el conde Dampierre, el marqués de Soissy; un joven artista, habilísimo en la parodia, M. de Meade; y en fin, MM. Groté y de la Couderie, *vera effigie* de nuestros *pollitos* madrileños.—Casi todas las naciones y todas las edades contaban además representantes; había un ministro inglés; dos banqueros alemanes; un mayor polaco, que destrozaba el francés con la mayor gracia del mundo; un capitán húngaro, y en fin, dos italianos y un ruso.—La España estaba representada por tres individuos, mis amigos J. M. y yo, aunque en el pueblo teníamos otros varios compatriotas; entre ellos el marqués de Bedmar con su señora y sus hijos; el diputado don Pascual Pratosi; una estimable familia de Santander, la del señor Pedraja; el señor Ruiz del Arbol; el señor Zorrilla, caballero avecindado en Bayona; el señor Zaragoza, digno coronel al servicio de la Francia, y algún otro que acaso no recuerdo.

Con frecuencia se dan conciertos en el salón del establecimiento termal, y años ha habido en que los primeros artistas de Europa, madama Dorus, Gras y Listz, la Malibran y Prudent, Thalberg y Duprez han ido á Aguas buenas á hacer olvidar á los enfermos sus dolencias con la magia de su peregrino talento.—En 1849 solo tuvimos al pianista Barthe, muy conocido en Madrid, y á otro cantor de romances, llamado Labarre. También estaba allí la Eugenia García, nuera del célebre Manuel, y digna ella misma por su magnífica voz y singular mérito de figurar en la ilustre familia de artistas que hace medio siglo admira la Europa; pero por desgracia la bella cantatriz padece del pecho, causa por la cual se ha retirado del teatro en el apogeo de su gloria y en la primavera de su vida. Así, aquel ruiseñor mudo y triste, si no cantaba ya, acompañaba al piano con una habilidad tan rara como su modestia.

Al llegar el 16 de agosto, es decir, en cuanto pasa la fiesta de Laruns, de que hablaré en seguida, todos los parisienses, como si se hallaran de comun acuerdo, abandonan en dos ó tres días los sitios donde recobraron quizá la salud; los hoteles se desocupan entonces rápidamente, y bajan el precio de sus habitaciones; las mesas redondas se acortan y disminuyen, pasando el número de sus comensales desde ochenta á veinte; los salones quedan silenciosos, y no se escucha ya en ellos el armónico piano, que antes lanzaba ora alegres, ora melancólicos sonidos desde la mañana hasta por la noche.—El 18 de agosto se bailó por última vez en casa de M. Taverne, y fué aquella una fiesta improvisada para despedir á la marquesa de Roquemare, quien partía para su *Chateau* al día siguiente, acompañada de su madre y de su marido; desde entonces las veladas fueron fastidiosas y monótonas; las señoras, ancianas y enfermas en su mayoría, cosían y bordaban hasta las nueve; los hombres, viejos también ó achacosos, leían periódicos ó jugaban al whist; á las vivas y picantes conversaciones de las noches anteriores, había sucedido la historia poco grata de las dolencias y alifafes de cada uno, con espresión de sus alternativas, y el análisis de los remedios y métodos curativos....—Algunas veces los pocos jóvenes que aun permanecían en el hotel se entregaban á un pasatiempo no muy divertido; al juego de la veintuna, que hacía bostezar á los unos, y dormirse á los demás. Y para que nada faltase, desde el rigor del verano, habíamos pasado á lo mas crudo del invierno; densas y frías nieblas cubrían los valles y las montañas, deshaciéndose en impetuosas lluvias, que transformaban en rios los arroyos, y en torrentes las cascadas.—Todas las chimeneas estaban encendidas; todos los enfermos habían sacado sus capas y sus gabanes; ni un solo coche, ni una sola cabalgata aparecía en la desierta y empinada calle de Aguas buenas; á las nueve de la noche todo el mundo buscaba el abrigo del lecho, que á las nueve de la mañana nadie había abandonado.

Así pasó cerca de una semana, y al cabo de ella el sol tornó á brillar refulgente en mitad del limpio y azulado cielo; aquel día no quedó un carruaje, un caballo, ni un borrico por alquilar en el pueblo; unos iban á Aguas calientes; otros emprendían la mas lejana

expedición á Panticosa, para decir que habían estado en España; y otros en fin se contentaban con llegar hasta Laruns.

Ya es hora de que describa á mis lectores lo que es la célebre romería de este lugar, de que tanto le hablan al forastero en cuanto arriba á Aguas buenas.—Verifícase el 15 de agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, y es la grande solemnidad del país;—casamientos concertados ocho meses antes se aplazan para celebrarse entonces; los mas ricos dan espléndidas comidas; los mas pobres economizan durante el año para estrenar un jubón, una toca, ó un pañuelo. Y nada mas pintoresco ni mas lindo que el traje de los vasos; los hombres llevan un calzon de punto de lana blanquísima, con botín de lo mismo; chaleco, chaqueta, y boina de paño encarnado, con adornos y botonadura de plata.—El vestido de las mujeres varia según su edad y según su estado; todas llevan el vistoso zagalajo de grana; todas lucen la graciosa mantilla forrada de tafetan ó de raso, con arreglo á su respectiva clase; pero los diversos colores indican la situación de cada una: las solteras la usan roja; blancas las casadas, y negra las viudas. Elegantes delantales, ligeros pañuelos de muselina ó de tul completan el atavío y prestan mayor visualidad al conjunto.

Porque realmente esto es lo único que hay que ver en la decantada fiesta de Laruns: por la mañana despues de la misa bailan los jóvenes en la plaza de la aldea, si puede llamarse bailar á dar vueltas muy pausadas cogidos de las manos, y en derredor de un tabladiño de madera, donde un viejo Sileno toca el caramillo y la flauta, mientras la gente de Aguas buenas alquila sillas para contemplar tan monótono espectáculo, y aguardar la hora de la procesion algo mas cómodamente. A las 4 de la tarde, cuando aquella sale del templo, suspéndese el baile, y todos los habitantes de Laruns siguen la elígie de la santísima Virgen, entonando religiosos cánticos, ó rezando devotas oraciones.—Este cuadro si es grande y consolador; este cuadro si produce en una alma sensible y tierna una emocion tan profunda como grata. ¡Qué contraste entre esa piedad sencilla y verdadera, y la ridícula preocupación que suelen ostentar los moradores de las grandes ciudades! ¡Qué contraste entre la fe pura y sólida de los unos, y la impia indiferencia de los otros!...

Despues de terminada la funcion religiosa, los mozos vuelven á bailar, los ancianos se sonríen plácidamente mirándolos, y los forasteros regresan muy de prisa á Aguas buenas en busca de la comida que aquel día se retarda una hora en todos los *Hoteles*, siendo á las 6 en lugar de ser á las 5 como de ordinario.—Los dueños de carruajes y de caballerías hacen entonces su agosto, porque obligan á pagar lo menos un doble del precio corriente por sus desvencijadas carretelas y sus macilentos jacos.

Además de esta hay tres expediciones que no deja de verificar nadie, como su estado no exija inalterable reposo;—á las grutas de Sarraus y Louvies, á las tres cascadas y al inmediato pueblo de Aguas calientes, donde existe un manantial no menos benéfico, aunque de distintas propiedades, que el de Aguas buenas.

En las primeras se admiran estalácticas prodigiosas, y se dan soberbios batacazos; en las segundas se ven lindísimos saltos de agua, y para subir se suda el quilo; en la última ya es otra cosa, porque se vá en coche, y se almuerza opíparamente en un nuevo *Hotel* construido á la entrada de la población.

¡Qué triste, qué miserable perspectiva ofrece esta al que la visita!—En vez de la animacion, del bullicio, del movimiento que se nota en Aguas buenas, reina allí siempre un silencio sepulcral! Las casas son pequeñas y miserables; las calles angostas y tortuosas; los *Hoteles*, escluyendo al que he citado antes, mezquinos y sácios. A lo lejos se divisa el establecimiento termal, que aunque ha costado inmensas sumas, tiene por fuera la apariencia de un panteon, y por dentro la oscuridad de una cárcel.—No se ven allí tampoco damas elegantes ni jóvenes *liones*: la gente que concurre á Aguas calientes es por lo general del país, y pertenece á las clases poco acomodadas.—En cambio en sus rostros no se advierten las huellas de dolencias tan graves ni tan mortales como en los de sus vecinos de Aguas buenas; porque los unos son éticos, y los otros gotosos ó reumáticos.

No obstante, al volver á nuestra residencia sentimos una alegría, un bienestar imponderables: M. Taverne nos pareció lindo; el pueblo suntuoso y ameno; y hasta las ranciais beldades que á la fecha quedaban aun en el *Hotel*, se nos antojaron rejuvenecidas y hermosadas. Y era que comparámbos lo que dejámbos con lo que volvíamos á encontrar: la soledad terrorífica de una parte con la concurrencia heterogénea de la otra.

Cuando partimos de Aguas buenas, el 30 de agosto por la mañana, era ya muy escaso el número de personas que permanecían allí, y casi todos se disponían á seguir nuestro ejemplo. Algunos, sin embargo, á quienes M. Daralde había ordenado pasar el invierno en Pau, nos miraban marchar con envidia: en cuanto á mí puedo decir que no sin sentimiento me alejé de aquellos sitios donde durante tres

semanas había hecho la dulce y tranquila vida del campo, que los cortesanos hallan tan grata..... cuando no la hallan insoportable.

RAMON DE NAVARRETE.

El palo de sauco.

Un cazador y su hijo recorrían un bosque; entre ellos corría un riachuelo asaz profundo. El hijo quiso saltarle para reunirse con su padre, y como el riachuelo era demasiado ancho para que pudiera hacerlo sin ayuda, cortó una rama de un árbol, apoyó uno de sus extremos en el fondo del cauce y se elevó por un esfuerzo vigoroso. Pero la rama era de sauco, y se rompió bajo el peso del niño que desapareció en el agua.

Un pastor lo había presenciado todo desde lejos: exhaló un grito y corrió espantado á salvarle. Cuando llegó á la orilla, el niño había aparecido ya, y tomando aliento, nadaba sonriéndose hácia el sitio en que se hallaba su padre.

El pastor le dijo al cazador.

—Has instruido bien á tu hijo, pero entre las cosas que debes haberle enseñado has omitido una, que es sondear el interior antes de tener confianza; si hubiera examinado la médula del sauco, no se hubiera fiado en su corteza engañadora.

—«Amigo mío, respondió el cazador, he aguzado su vista y ejercitado su fuerza; es bastante para que le confíe sin temor á las lecciones de la experiencia; los hombres le enseñarán bastante pronto á desconfiar.»

Los dos cercados.

—«¡Papá, mira qué diferente aspecto tienen esas dos pesesiones! Aquí la única cerca es un vallado de lilas que ostentan ya sus racimos rosados, y cuyo perfume embalsama la atmósfera; allí, al contrario, un triste vallado de espinos negros se levanta erguido y sombrío, amenazando al pasajero con sus dardos.»

—«Es verdad, niño; es verdad; pero ¿no ves detrás de las lilas arbustos tronchados, cuadros de flores destrozados, céspedes mústios, mientras que tras el vallado de espinos negros todo está en orden, florece y prospera?»

—«¿Y por qué es eso, padre mío?»

—«Porque las lilas han dejado fácil paso á los vagamundos, y á los rebaños rechazados por el cercado de espinos.»

—«¿Entonces será necesario preferir este?»

—«No solamente para nuestros campos, hijo mío, sino también para nosotros mismos, porque la vida del hombre se parece á esas tierras: el que no quiere á su alrededor más que flores está expuesto á los estragos de las pasiones y del acaso, y todo hombre, para defender todos los tesoros de su alma, necesita rodearse á menudo, por desgracia, de un vallado de espinos negros.»

SÍMBOLOS DE LA AMISTAD.

Entre los griegos, la estatua de la Amistad estaba vestida con una túnica sujeta con hebillas y tenía la cabeza desnuda; su mano derecha estaba puesta sobre el corazón; la izquierda sostenía un olmo, alrededor de cuyo tronco se enroscaba una viña cargada de racimos.

Los romanos representaban la Amistad bajo la forma de una hermosa joven vestida con sencillez, coronada de mirto y de flores de granado entrelazadas con estas palabras que caían encima de la frente: *Invierno y verano*. En la franja de la túnica se leían estas otras palabras: *La muerte y la vida*. Con la mano derecha señalaba á su costado izquierdo que estaba abierto hasta el corazón, en el cual se leía: *De cerca y de lejos*. Generalmente se colocaba también un perro á sus pies, como símbolo de la abnegación y de la lealtad.

LONGEVIDAD DE LOS SABIOS.

Los hábitos del estudio, los trabajos de la inteligencia no son perjudiciales á la salud sino cuando no se sabe conciliarlos con un ejercicio suficiente de las fuerzas físicas, y una higiene conveniente. Los ejemplos de longevidad no son mas escasos entre los sabios y los

filósofos que entre las demás clases de la sociedad. Boerhawe vivió 70 años; Locke, 75; Galileo, 78; Newton, 85; Tontenelle, 100; Bayle, Leibniz, Volney, Buffon, y otros muchos hombres ilustres del siglo pasado, han alcanzado una edad muy avanzada. Se podrían citar muchos sabios y eruditos alemanes cuasi seculares. El profesor Blumenbach murió hace pocos años á la edad de 88, y el doctor Olbers, el célebre astrónomo de Bremen era ya también octogenario.

La semana de tres jueves.

En el reinado de Luis XV, en Francia, varios viajeros habían salido de París prometiéndose mutuamente volver precisamente á aquella capital el jueves de Corpus-Cristi del año 1735. El viaje que emprendían era muy largo: trataban nada menos que de dar la vuelta alrededor del mundo, y los peligros que iban á correr en la navegación, podrían muy bien quitarles la facultad de cumplir su promesa. A pesar de esto, varios amigos suyos que permanecieron en París, conservando el recuerdo del día que habían fijado para su regreso, llevaban la cuenta del tiempo que tardaban día por día.

Los viajeros se habían dividido en dos bandos; el uno se dirigió al oriente, y el otro al occidente, teniendo ambos que sufrir los embates de las olas embravecidas, evitar los escollos, huir los países inhospitalarios, sin tener mas guía que una brújula y los ástros, y para medir el tiempo, un reloj y el sol.

Por fin, el Ser supremo permitió que despues de todos los peligros que corrieron, volvieran á su patria. Todos estaban persuadidos de que iban á ser exactos á la cita, porque había contado también escrupulosamente los días transcurridos desde el momento de su separación. Sin embargo, no se encontraron en el día indicado: los que se habían dirigido al oriente, llamaban jueves al día que era miércoles en París, y los que habían estado hácia el occidente, llamaban jueves al viernes siguiente. ¿Quiénes eran los que se habían equivocado? Seguramente que no podían ser los de París, puesto que no habían abandonado sus hogares. Los viajeros, por su parte, habrían apostado sumas colosales, seguros como estaban de la exactitud de su cuenta. Pero nada pudieron hacer entonces para aclarar la cuestión. Mas tarde, las observaciones astronómicas vinieron á despejar la incógnita, probando que un viajero que se adelanta 15 grados hácia el oriente, arreglando su reloj por el sol, cuenta una hora mas que los que se han quedado en el punto de salida, y por consiguiente, cuando hubiere recorrido los 360 grados, contará 24 horas mas. Por la razón contraria, cuando hubiere recorrido la misma distancia hácia el occidente, contará á su regreso un día menos que sus compatriotas.

LOS BUENOS MODALES.

Los buenos modales son la flor del buen talento: otro tanto puede decirse de los buenos sentimientos, porque cuando la ley de la benevolencia está grabada en el corazón, conduce al desinterés, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; inspira el deseo de agradar, y ese apresuramiento á complacer á los demás, que son el origen de los buenos modales.

El hueso de cereza.

Un niño exprime una cereza con sus lábios y arroja el hueso: un anciano le recoge y le sepulta en un trozo de tierra labrada, á la vista del niño que se ríe de su trabajo.

Algun tiempo despues pasa el niño por el mismo sitio, y vé que el hueso se ha convertido en arbusto: el anciano está allí también ocupado en podarle y en rodearle de espinos, para preservarle de cualquier lesión. — «¿A qué tomarse tanto trabajo? pensó el muchacho.

Pero el muchacho llegó á ser hombre, y pasando un día por el camino cubierto de polvo, agoviado por los rayos abrasadores del sol de agosto y por una sed devoradora, halló un árbol en el lugar del arbusto, un árbol que le cubrió con su benéfica sombra, y que apagó su sed con su grato y bellísimo fruto. Entonces comprendió por fin la prudencia del anciano.

¿Quién no ha hecho lo que este niño, este adolescente y este hombre? ¿Cuántos proyectos arrojados en el sendero de la vida, y recojidos por otros mas prudentes que nosotros! La mayor parte de los hombres viven á la ventura, sin pensar que todo el germen bien aprovechado puede ser el origen de una buena cosecha, y que la mas insignificante de nuestras acciones es el hueso de una cereza.